

Reencuentro: Arquitectura sin arquitectos y con arquitectos

cotidianamente: vivienda, trabajo, interacción social. La postura tecnocrática tiene en su horizonte lineal y progresista el mundo feliz de Huxley; especialización, concentración, disciplina, tecnoteología. Su educación produce especialistas. La postura humanista tiene en su horizonte curvado y recurrente la tribu: integración, descentralización, espontaneidad, animismo. Su educación pretende lograr el hombre del Renacimiento.

Como urbanista, es parte de mi oficio pensar en términos de futuro y consultar los oráculos de los visionarios, científicos o no. Marshall McLuhan, pionero de los «mass media», ha distinguido la Primera Revolución Industrial, caracterizada por la tecnología mecánica, de la Segunda Revolución Industrial, caracterizada por la tecnología electrónica. La tecnología mecánica, cuyos paradigmas son el reloj y la imprenta, usa procesos lineales, fragmentadores, donde muchas unidades se colocan una a continuación de la otra. Es la cadena de producción en serie. Su correlativo mental es la alienación y la creencia en el progreso lineal e ilimitado, característicos de la Era Industrial y su burguesía liberal. La tecnología electrónica, cuyos paradigmas son la televisión y la fábrica automatizada, es, según McLuhan, instantánea, integradora, el proceso se percibe en su totalidad. Su correlativo mental es el tribalismo, es decir, la comunicación instantánea y verbal, en vez de la escritura del maquinismo. El mundo se convierte en una «aldea global» y la organización humana evoluciona hacia formas nuevas, pero semejantes a la primitiva organización tribal. La tribu es ahora el estilo de vida y sus miembros no viven en una aldea, sino esparcidos por todo el globo; pero, pese a ello, su intercomunicación electrónica es tribal. Los ideales humanistas del Renacimiento, traicionados, como señala Marcuse, por la «cultura afirmativa» de la burguesía capitalista, tienen ahora otra oportunidad en la abundancia de la era posindustrial electrónica. La era industrial necesita especialistas. La sociedad posindustrial da los trabajos mecánicos a las máquinas y necesita hombres generalistas; los especialistas sólo en la investigación. El hombre del Renacimiento vuelve, pero esta vez no solamente para una élite privilegiada, sino para todo el mundo.

Para terminar: el tecnócrata puede hablar de «cómo proporcionar arreglos sociales para que los que lo deseen tengan acceso a una auténtica casa o a una escuela» (el subrayado es mío), y cuando se le pregunta que quién decide lo que es una «auténtica casa o escuela» contesta que él, el experto, naturalmente. El humanista, por el contrario, piensa que quien debe decidir lo que es una auténtica casa o escuela es cada persona, para cada tribu y cuanto más pequeña la tribu mejor. El tecnócrata se rige por el voto de la mayoría en un mundo de hombres promedio, que son los únicos para los que el técnico puede diseñar. El humanista pretende respetar todas las minorías y dejar a cada uno el máximo de iniciativa en el mundo de hombres individuales. Es el imperativo de Kant: «Nunca tomar a un hombre como medio». Por último quiero reafirmar con Louis Kahn: «No la necesidad, sino el deseo, debe guiar el dise-

mos que descubre la ciencia psicoanalítica respecto a la mujer y al hombre.

Y la «contestación» al psicoanálisis, con las diferencias propias de cada época, existirá siempre que el ser humano busque su libertad sin querer ver ese inconsciente que lo esclaviza.

En el párrafo final de su artículo, Jean-François Held parece expresar ese sueño de que al problema de la mujer pueda dársele una solución sin tener que enfrentarse con ese siempre tan desagradable inconsciente humano. ■ **CARMEN TRILLO FRAIZ** (Madrid).

¿CUANDO SE MUERE UNO?

Si hiciéramos esta pregunta a no importa quién, nos respondería quizá: «Uno se muere cuando le llega su hora»; o bien preguntaría a su vez: «¿Habla usted en serio o en broma?», o esta otra: «¿Está usted en sus cabales o ha perdido el juicio?».

Pues sí, el interrogante que sirve de epígrafe al presente escrito tiene su fundamento y se apoya en la doctrina pitagórica sobre la transmigración de las almas o espíritus. Diógenes Learcio nos cuenta que Heráclides Póntico refería que Pitágoras decía de sí mismo que en otro tiempo había sido Etárides y tenido por hijo de Mercurio: que el mismo Mercurio le había dicho que pidiese lo que quisiera, excepto la inmortalidad, y él le había pedido que, vivo o muerto, retuviese en la memoria cuanto sucediese. Así que mientras vivió se acordó de todo, y después de muerto conservó la misma memoria, de tal suerte que, habiendo vivido en el mundo bajo el nombre de Heráclides, murió como tal y pasó a ser, en un nuevo nacimiento, Pirro, pescador Delio y se acordó de nuevo de todas las cosas, a saber: cómo primero había sido Etárides, después Euforbo, luego Heráclides y en seguida Pirro, y que, finalmente, después de muerto Pirro, vino a nacer Pitágoras.

Ateniéndonos a esta doctrina de transmigración, podemos asegurar que Pirro, al desencarnar, siguió su alma o espíritu viviendo en el más allá como Pirro, pero esta alma, al reencarnar en el cuerpo del que se llamó Pitágoras, dejó de existir bajo la personalidad de Pirro para pasar a la de Pitágoras. Luego Pirro,



en cuanto tal, murió cuando nació Pitágoras, lo que equivale a decir que uno muere cuando nace para dar nombre a una nueva encarnación o vida material. Sin embargo, Pitágoras no nos dice haber reencarnado de nuevo, lo que nos inclina a pensar, ateniéndonos a su doctrina sobre la transmigración, que, desencarnado como Pitágoras, su alma o espíritu debe continuar en el más allá amparado y protegido por su progenitor, Mercurio, según él mismo había dicho. ■ **ANCOLO** (Biarritz, Francia).

LA VIDA DEL SOLTERO

Soy lector de la revista de su dirección, y entre sus muchos aciertos, en mi opinión, uno de los más logrados es la sección titulada «Celtiberia Show». Con gran sorpresa he leído en la correspondiente al número 445, del 12 de diciembre pasado, una nota titulada «La vida del soltero», basada en unos datos que se dice son tomados de «unos apuntes de Fisiología que se venden en la Facultad de Farmacia de Granada».

Mi sorpresa se debe a que no existe ningún tipo de apuntes de esta asignatura, y que, por tanto, no pueden ser vendidos ni en la Facultad ni en ningún otro lugar; probablemente se trata de un cuaderno de notas, con un enfoque muy particular del problema, de algún celtibero.

Porque, como antes le digo, creo que es un acierto la citada sección, ésta pienso que ha de basarse, para cumplir su objetivo, en hechos ciertos, por lo que espero que esta carta, a la que le ruego le dé la difusión legal que corresponda, contribuya a aclarar este asunto. ■ **PROF. DR. G. VARELA** (Laboratorio de Fisiología Animal, Universidad de Granada).

Agradezco a don A. Miranda Mata (TRIUNFO, número 446) sus agudos y pertinentes renglones. Y voy a usar su crítica como ayuda para profundizar algunas ideas que pueden ser de interés para los lectores.

El señor Miranda apunta la cuestión crucial del argumento y tampoco la contesta. La cuestión es: la arquitectura vernácula es visualmente más bella que la moderna y sus espacios tienen una escala más humana; pero las casas antiguas son incómodas no dotadas de servicios higiénicos, luz, calefacción o agua corriente. Los pueblos antiguos son angostos e insalubres. Ante la disyuntiva, yo personalmente opto por la solución barroca, que es tomar lo uno y lo otro. Cada vez es más frecuente el caso de ciudadanos que compran una casa antigua en el campo o en una aldea, conservan la concha y remodelan el interior. Esto ha sucedido con sectores enteros de pueblos como Cadaqués, Mijas o el «turó» de Pals.

Cuando yo propongo el principio del barroquismo, no estoy proponiendo vivir en una barraca incómoda o insalubre, sino que estoy hablando de llegar a una mayor participación del usuario en la construcción de su vivienda. En Egipto sólo sabían escribir los escribas; hoy día, en España somos mayoría los que sabemos escribir. No me parece imposible pensar que en el futuro la mayoría sea capaz de construirse su vivienda. Esto, además, me parecería deseable, porque, como dice Alan Watts, hay cinco artes básicas para la vida humana que deberían enseñarse a todo el mundo y que no se enseñan en la escuela: cultivar alimentos, cocinarlos, confeccionar el vestido, construirse la vivienda y hacer el amor. Según Watts, hoy día esas cinco cosas las saben hacer bien sólo especialistas o autodidactas.

Y aquí hemos tocado el fondo de la cuestión: ¿especialismo y/o integración?, ¿tecnocracia y/o humanismo? Ante la complejidad creciente de la organización social hay, en los extremos del espectro de alternativas, dos posturas muy diferentes: la tecnocrática y la humanista. El tecnócrata confía resolver los problemas de la vida y convivencia estudiando más a fondo los problemas; entrenando más especialistas y pagando equipos de expertos para que propongan las normas a seguir. El supuesto implícito en esta postura es que la gente, el hombre de la calle, no está capacitado para resolverse por sí mismo muchas cuestiones, aunque éstas le atañan directamente cada día. El humanista parte de un acto de fe en la capacidad de cada hombre, por poco «educado» que esté para resolverse los problemas de organización que le atañen directa y

no». No la función, sino el rito, porque el rito es la poética de la función. La necesidad es una categoría del mundo de la escasez; el deseo es una categoría del mundo de la abundancia. Actuar sólo por necesidad es mentalidad de valle de lágrimas; actuar por deseo es volver a entrar en el paraíso. Yo prefiero el paraíso aquí, ahora. ■ LUIS RACIONERO.

Valencia, artistas, masa

Quiero con la presente carta comentar la publicada el 5 de diciembre en la sección «Polémica», y que firma don Francisco Agramunt Lacruz, referente a la Exposición Nacional.

He de confesar que, después de haber leído cuatro veces el referido artículo del señor Agramunt, no acabo de entender claramente cuál es su posición ni su manera de pensar respecto a los problemas que plantea, aunque en parte estoy de acuerdo con él en algunas cosas. Pero no lo estoy, precisamente, cuando afirma que «Valencia, adelantada siempre a toda actividad artística», o «el arte valenciano, parte eminente del patrimonio artístico nacional». Estas y otras frases de su escrito parecen indicar que el señor Agramunt es un convencido de las altas dotes, de la gran capacidad artística de los nacidos en la región levantina; de que Valencia es, sin ninguna duda, la tierra del arte que cantan las zarzuelas. Disiento profundamente con esta creencia. Vaya por delante que soy y me siento valenciano. Pero entiendo que el mal gusto de nuestra amada región es épico, hablando en términos generales. Nada de aquel ambiente ayuda lo más mínimo a la formación de profesionales del arte plástico que puedan seriamente ser tenidos por tales. Si de vez en cuando sale alguno con indudables dotes, no en mayor número o calidad que en otras partes del mundo, no es allí donde se forma ni es allí, en Valencia, donde encuentra el mejor campo para su desarrollo.

Esto así, entiendo que la protesta del señor Agramunt viene de que el Jurado de la Nacional ha declarado desiertos los premios y las medallas en aquella fase regional. De que en la exposición no se hizo una selección todo lo rigurosa y seria «que toda manifestación cultural requiere» (?) y que ello representa las «deficiencias de los organismos competentes». En esto, señor Agramunt, si estamos de acuerdo: los «organismos competentes» puede que sean organismos, pero, por lo regular, incompetentes.

Presumo que el señor Agramunt ignora la postura adoptada por más de 500 artistas plásticos respecto a la Nacional. No recuerdo el número de TRIUNFO en que apareció (1), pero ésta y otras publicaciones nacionales se hicieron eco en aquella ocasión de la repulsa de estos artistas hacia un acto cultural que les afecta directamente y para el que ofrecieron soluciones, colaboración y diálogo con los

«organismos competentes» y no obtuvieron eco. Y es que, mientras los «organismos competentes» no entienden que ellos deben estar al servicio de y no para mandar en, estaremos perdidos. Mientras los Jurados sean nombrados a dedo en vez de serlo por los propios artistas; mientras se siga teniendo el concepto de que el arte es como una carrera ciclista y se pretenda buscar un primero en llegar a la meta (?); mientras el arte sirva como pantalla para especulaciones económicas, políticas, sociales, etcétera, seguirá siendo esa Cosa rara para uso exclusivo de una élite «snob» formada, de una parte, por los que «promueven», «protegen», «dirigen», «alientan» el arte, y, de otra, por los que, a trancas y barrancas, cogemos el lápiz, el pincel, la gubia todos los días.

Tiene usted, señor Agramunt, una frase en su escrito que hace algunos meses me movió a dirigirme a la revista «Bellas Artes 70», que edita la Dirección General de Bellas Artes, y dice así: «Hay que liberar al arte, a los artistas, del peligro de aislamiento». No sé quién es el autor de este «pensamiento»; presumo que no es usted y le felicito por ello. No es al artista a quien hay que liberar de ningún aislamiento, es a la sociedad de su aislamiento del arte a quien habría que liberar y que para ello los «organismos competentes» pusieran los medios adecuados. Si a los artistas no se nos ha dejado jamás intervenir en los asuntos que al arte conciernen; si éste, el arte, ha estado siempre dirigido y promocionado por no-profesionales, en todo caso a quien habría que «liberar» es a los artistas de esos promotores, dirigentes, patrocinadores, etcétera, etcétera, culpables y sólo ellos de que «durante demasiado tiempo el público ha vivido aislado de toda preocupación artística», frase de su escrito con la que estoy de acuerdo, pero entiendo que lo damos diferente sentido, ya que usted termina su escrito con «no hay que sorprenderse demasiado de que la conciencia artística no haya entrado en la opinión de la masa; no obstante, esto es lo que da categoría al arte...». Quedo altamente sorprendido por su afirmación y se la traspaso al señor Carandell. El que algo sea comprendido por más o menos gente no le añade ni le quita nada a ese algo; en todo caso, es de lamentar que no llegue a más gente por falta de la adecuada información, que así podría disfrutar de algo que fue hecho para todos y no para unos pocos.

Resumiendo y terminando, señor Agramunt, de arte quienes más entendamos somos los artistas, como de medicina los médicos, de leyes los abogados y de zapatos los zapateros, y la opinión que nos merecen las acciones artísticas promovidas por esos «organismos competentes» fueron expresadas y recogidas por parte de la prensa nacional; si estos «organismos competentes» hacen caso omiso de los profesionales de las artes plásticas, ellos sabrán por qué, ya que son muy listos y saben siempre lo que nos conviene a todos. Resignémonos y aceptemos de buen grado las decisiones de los iluminados. ■ ARCADIO BLASCO.

(1) TRIUNFO, número 420.

MARIO PUZO



EL PADRINO 'THE GODFATHER'

El mundo de la mafia puesto al desnudo por vez primera: en su urdimbre más íntima y «familiar»; en su increíble extensión e influencia; en su papel corruptor de una gran nación.

El bestseller más grande del año, después de cuarenta y cinco semanas a la cabeza de las listas del «New York Times», «Publishers Weekly» y otras publicaciones especializadas.

500.000 ejemplares vendidos en los Estados Unidos y el lanzamiento de la primera edición de bolsillo de 3.000.000 de ejemplares, aseguran el carácter revelador de esta gran obra.

448 págs., tela, Ptas. 250
EDICIONES GRIJALBO



PILOTOS PARA BULTACO, DERBI, MONTESA Y OSSA

Se celebró, el pasado día 4 de diciembre, una cena organizada por la Federación Catalana de Motorismo y la dirección de las marcas Bultaco, Derbi, Montesa y Ossa, durante la cual se dio detallada información a la prensa especializada de la promoción de pilotos juniors que patrocinan las citadas marcas en íntima colaboración con la Federación.